

SELECCIÓN POÉTICA  
DE GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA



DESEO DE VENGANZA  
(Soneto escrito en una tarde tempestuosa)

¡Del huracán espíritu potente,  
rudo como la pena que me agita!  
¡Ven, con el tuyo mi furor excita!  
¡Ven con tu aliento a enardecer mi mente!

¡Que zumbe el rayo y con fragor reviente,  
mientras -cual a hoja seca o flor marchita-  
tu fuerte soplo al roble precipita.  
roto y deshecho al bramador torrente!

Del alma que te invoca y acompaña,  
envidiando tu fuerza destructora,  
lanza a la par la confusión extraña.

¡Ven... al dolor que insano la devora  
haz suceder tu poderosa saña,  
y el llanto seca que cobarde llora!

#### A WASHINGTON

No en lo pasado a tu virtud modelo,  
ni copia al porvenir dará la historia,  
ni otra igual en grandeza a tu memoria  
difundirán los siglos en su vuelo.

Miró la Europa ensangrentar su suelo  
al genio de la guerra y la victoria...  
pero le cupo a América la gloria  
de que al genio del bien le diera el cielo.

Que audaz conquistador goce en su ciencia,  
mientras al mundo en páramo convierte,  
y se envanezca cuando a siervos mande;

¡mas los pueblos sabrán en su conciencia  
que el que los rige libres sólo es fuerte,  
que el que los hace grandes sólo es grande!

#### CONTEMPLACIÓN

Tiñe ya el Sol extraños horizontes;  
el aura vaga en la arboleda umbría;  
y piérdese en la sombra de los montes  
la tibia luz del moribundo día.

Reina en el campo plácido sosiego,  
se alza la niebla del callado río,

y a dar al prado fecundante riego,  
cae, convertida en límpido rocío.

Es la hora grata de feliz reposo,  
fiel precursora de la noche grave...  
torna al hogar el labrador gozoso,  
el ganado, al redil, al nido el ave.

Es la hora melancólica, indecisa,  
en que pueblan los sueños los espacios,  
y en los aires -con soplos de la brisa-  
levantan sus fantásticos palacios.

En Occidente el Héspero aparece,  
salpican perlas su zafíreo asiento  
y -en tanto que apacible resplandece-  
no sé qué halago al contemplarlo siento.

¡Lucero del amor! ¡Rayo argentado!  
¡Claridad misteriosa! ¿Qué me quieres?  
¿Tal vez un bello espíritu, encargado  
de recoger nuestros suspiros, eres?...

¿De los recuerdos la dulzura triste  
vienes a dar al alma por consuelo,  
o la esperanza con su luz te viste  
para engañar nuestro incesante anhelo?

¡Oh, tarde melancólica!, yo te amo  
y a tus visiones lánguida me entrego...  
Tu leda calma y tu frescor reclamo  
para templar del corazón el fuego.

Quiero, apartada del bullicio loco,  
respirar tus aromas halagüeños,  
a par que en grata soledad evoco  
las ilusiones de pasados sueños.

¡Oh! si animase el soplo omnipotente  
estos que vagan húmedos vapores,  
término dando a mi anhelar ferviente,  
con objeto inmortal a mis amores...

¡Y tú, sin nombre en la terrestre vida,  
bien ideal, objeto de mis votos,  
que prometes al alma enardecida

goces divinos, para el mundo ignotos!

¿Me escuchas? ¿Dónde estás? ¿Por qué no puedo  
-libre de la materia que me oprime-  
a ti llegar, y aletargada quedo,  
y opresa el alma en sus cadenas gime?

¡Cómo volara hendiendo las esferas  
si aquí rompiese mis estrechos nudos,  
cual esas nubes cándidas, ligeras,  
del éter puro en los espacios mudos!

Mas ¿dónde vais? ¿Cuál es vuestro camino,  
viajeras del celeste firmamento?...  
¡Ah! ¡lo ignoráis!..., seguís vuestro destino  
y al vario impulso obedecéis del viento.

¿Por qué yo, en tanto, con afán insano  
quiero indagar la suerte que me espera?  
¿Por qué del porvenir el alto arcano  
mi mente ansiosa comprender quisiera?

Paternal Providencia puso el velo  
que nuestra mente a descorrer no alcanza,  
pero que le permite alzar el vuelo  
por la inmensa región de la esperanza.

El crepúsculo huyó; las rojas huellas  
borra la Luna en su esmaltado coche,  
y un silencioso ejército de estrellas  
sale a guardar el trono de la noche.

A ti te amo también, noche sombría;  
amo tu Luna tibia y misteriosa,  
más que a la luz con que comienza el día,  
tiñendo el cielo de amaranto y rosa.

Cuando en tu grave soledad respiro,  
cuando en el seno de tu paz profunda  
tus luminares pálidos admiro,  
un religioso afecto el alma inunda:

¡Que si el poder de Dios, y su hermosura,  
revela el Sol en su fecunda llama,  
de tu solemne calma la dulzura  
su amor anuncia y su bondad proclama!

## A LA POESÍA

¡Oh, tú, del alto cielo  
precioso don, al hombre concedido!  
¡Tú, de mis penas íntimo consuelo,  
de mis placeres manantial querido!  
¡Alma del orbe, ardiente Poesía,  
dicta el acento de la lira mía!

Díctalo, sí, que enciende  
tu amor mi seno, y sin cesar ansío  
la poderosa voz, que espacios hiende,  
para aclamar tu excelso poderío,  
y en la naturaleza augusta y bella  
buscar, seguir y señalar tu huella.

¡Mil veces desgraciado  
quien -al fulgor de tu hermosura ciego-  
en su alma inerte y corazón helado  
no abriga un rayo de tu dulce fuego;  
que es el mundo, sin ti, templo vacío,  
cielo sin claridad, cadáver frío!

Mas yo doquier te miro;  
doquier el alma, estremecida, siente  
tu influjo inspirador; el grave giro  
de la pálida Luna, el refulgente  
trono del Sol, la tarde, la alborada...  
todo me habla de ti con voz callada.

En cuanto ama y admira,  
te halla mi mente. Si huracán violento  
zumba, y levanta el mar, bramando de ira;  
si con rumor responde soñoliento  
plácido arroyo al aura que suspira...  
tú alargas para mí cada sonido  
y me explicas su místico sentido.

Al férvido verano,  
a la apacible y dulce primavera,  
al grave otoño y al invierno cano  
me embellece tu mano lisonjera;  
¡que alcanzan, si los pintan tus colores,

calor el hielo, eternidad las flores!

¿Qué a tu dominio inmenso  
no sujetó el Señor? En cuanto existe  
hallar tu ley y tus misterios pienso:  
el Universo tu ropaje viste,  
y en su conjunto armónico demuestra  
que tú guiaste la hacedora diestra.

¡Hablas! ¡Todo renace!  
Tu creadora voz los yermos puebla;  
espacios no hay que tu poder no enlace;  
y rasgando del tiempo la tiniebla,  
de lo pasado al descubrir ruinas,  
con tu mágica luz las iluminas.

Por tu acento apremiados,  
levántanse del fondo del olvido,  
ante tu tribunal, siglos pasados;  
y el fallo que pronuncias -trasmitido  
por una y otra edad en rasgos de oro-  
eterniza su gloria o su desdoro.

Tu genio, independiente  
rompe las sombras del error grosero;  
la verdad preconiza; de su frente  
vela con flores el rigor severo,  
dándole al pueblo, en bellas creaciones,  
de saber y virtud santas lecciones.

Tu espíritu sublime  
ennoblece la lid; tu épica trompa  
brillo eternal en el laurel imprime;  
al triunfo presta inusitada pompa;  
y los ilustres hechos que proclama  
fatiga son del eco de la fama.

Mas, si entre gayas flores,  
a la beldad consagras tus acentos;  
si retratas los tímidos amores;  
si enalteces sus rápidos contentos;  
a despecho del tiempo, en tus anales,  
beldad, placer y amor son inmortales.

Así en el mundo suenan  
del amante Petrarca los gemidos;

los siglos con sus cantos se enajenan;  
y unos tras otros -de su amor movidos-  
van de Valclusa a demandar al aura  
el dulce nombre de la dulce Laura.

¡Oh! No orgullosa aspiro  
a conquistar el lauro refulgente,  
que humilde acato y entusiasta admiro,  
de tan gran vate en la inspirada frente;  
ni ambicionan mis labios juveniles  
el clarín sacro del cantor de Aquiles.

No tan ilustres huellas  
seguir es dado a mi insegura planta...  
Mas, abrasada al fuego que destellas,  
¡oh, genio bienhechor!, a tu ara santa  
mi pobre ofrenda estremecida elevo,  
y una sonrisa a demandar me atrevo.

Cuando las frescas galas  
de mi lozana juventud se lleve  
el veloz tiempo en sus potentes alas,  
y huyan mis dichas como el humo leve,  
serás aún mi sueño lisonjero,  
y veré hermoso tu favor primero.

Dame que puedas entonces,  
¡Virgen de paz, sublime Poesía!,  
no transmitir en mármoles ni en bronces  
con rasgos tuyos la memoria mía;  
sólo arrullar, cantando, mis pesares,  
a la sombra feliz de tus altares.

## LAS CONTRADICCIONES

No encuentro paz, ni me permiten guerra;  
De fuego devorado, sufro el frío;  
Abrazo un mundo, y quédome vacío;  
Me lanzo al cielo, y préndeme la tierra.

Ni libre soy, ni la prisión me encierra;  
Veo sin luz, sin voz hablar ansío;  
Temo sin esperar, sin placer río;  
Nada me da valor, nada me aterra.

Busco el peligro cuando auxilio imploro;  
Al sentirme morir me encuentro fuerte;  
Valiente pienso ser, y débil lloro.

Cúmplese así mi extraordinaria suerte;  
Siempre a los pies de la beldad que adoro,  
Y no quiere mi vida ni mi muerte.

#### A LAS ESTRELLAS

Reina el silencio: fúlgidas en tanto  
Luces de paz, purísimas estrellas,  
De la noche feliz lámparas bellas,  
Bordáis con oro su luctuoso manto.

Duerme el placer, mas vela mi quebranto,  
Y rompen el silencio mis querellas,  
Volviendo el eco, unísono con ellas,  
De aves nocturnas el siniestro canto.

¡Estrellas, cuya luz modesta y pura  
Del mar duplica el azulado espejo!  
Si a compasión os mueve la amargura

Del intenso penar por que me quejo,  
¿Cómo para aclarar mi noche oscura  
No tenéis ¡ay! ni un pálido reflejo?

#### LA PESCA EN EL MAR

¡Mirad!, ya la tarde fenece...  
La noche en el cielo  
Despliega su velo  
Propicio al amor.

La playa desierta parece;  
Las olas serenas  
Salpican apenas  
Su dique de arenas,  
Con blando rumor.



Del líquido seno la luna  
Su pálida frente  
Allá en occidente  
Comienza a elevar.

No hay nube que vele importuna  
Sus tibios reflejos,  
Que miro de lejos  
Mecerse en espejos  
Del trémulo mar.

¡Corramos!... ¡Quién llega primero!  
Ya miro la lancha...  
Mi pecho se ensancha,  
Se alegra mi faz.

¡Ya escucho la voz del nauclero,  
Que el lino despliega  
Y al soplo lo entrega  
Del aura que juega,  
Girando fugaz!

¡Partamos! La plácida hora  
Llegó de la pesca,  
Y al alma refresca  
La bruma del mar.

¡Partamos, que arrecia sonora  
La voz indecisa  
Del agua, y la brisa  
Comienza de prisa  
La flámula a hinchar!

¡Pronto, remero!  
¡Bate la espuma!  
¡Rompe la bruma!  
¡Parte veloz!

¡Vuele la barca!  
¡Dobla la fuerza!  
¡Canta, y esfuerza  
Brazos y voz!

Un himno alcemos  
Jamás oído,  
Del remo al ruido,

Del viento al son,

Y vuela en alas  
Del libre ambiente  
La voz ardiente  
Del corazón.

Yo a un marino le debo la vida,  
Y por patria le debo al azar  
Una perla -en un golfo nacida-  
Al bramar  
Sin cesar  
De la mar.

Me enajena al lucir de la luna  
Con mi bien estas olas surcar,  
Y no encuentro delicia ninguna  
Como amar  
Y cantar  
En el mar.

Los suspiros de amor anhelantes  
¿Quién, ¡oh, amigos!, querrá sofocar,  
Si es tan grato a los pechos amantes  
A la par  
Suspirar  
En el mar?  
¿No sentís que se encumbra la mente  
Esa bóveda inmensa al mirar?

Hay un goce profundo y ardiente  
En pensar  
Y admirar.  
En el mar.

Ni un recuerdo del mundo aquí llegue  
Nuestra paz deliciosa a turbar;  
Libre el alma al deleite se entregue  
De olvidar  
Y gozar  
En el mar.

¡Prestos todos!... ¡Las redes se tiendan!  
¡Muy pesadas las hemos de alzar!  
¡Prestos todos, los cantos suspendan,  
Y callar

Y pescar  
En el mar!

## LOS REALES SITIOS

Es grato, si el Cáncer la atmósfera enciende,  
Si pliega sus alas el viento dormido,  
Gozar los asilos que un muro defiende,  
Con ricos tapices de Flandes vestido.

Es grata la calma dulcísima y leda  
De aquellos salones dorados y umbríos,  
Do el sol, que penetra por nubes de seda,  
Se pierde entre jaspes y mármoles fríos.

Es grato el ambiente de aquellas estancias  
-Que en torno matizan maderas preciosas-  
Do en vasos de china despiden fragancias  
Itálicos lirios, bengálicas rosas.

Es grato que al Euro -que huyó silencioso-  
Imiten las bellas moviendo abanicos;  
Allí do cual tronos del muelle reposo  
Se ostentan divanes de púrpura ricos.

Y grato en la tarde, con lánguido paso,  
Salir de entre sedas y pórfidos y oro,  
A ver cuál oculta, llegando a su ocaso,  
El astro supremo su ardiente tesoro.

Que allí, para verlo, se tienen vergeles  
Que nunca marchitan estivos ardores;  
Con bancos de césped, con frescos doseles,  
Y bosques y fuentes y exóticas flores.

Asilos tan bellos no hubieron las ninfas  
Que hollaron de Grecia colinas amenas,  
Ni náyades vieron tan plácidas linfas  
Cual esas que guardan marmóreas sirenas.

Por eso en las noches del férvido estío  
Es grato a ese elíseo llamar los placeres;  
Cubriendo de luces su verde sombrío,  
Llenando su espacio de hermosas mujeres.

Y aromas y bailes y amores y risas,  
En dulces insomnios disfrutaban las bellas,  
En tanto que vuelan balsámicas brisas  
Y en tanto que el cielo se cubre de estrellas.

¡Oh, espléndidas fiestas! ¡Oh, alegres veladas,  
Que brotan al soplo de regia hermosura!  
Ni silfos, ni genios, ni pródigas fadas  
Os dieran encantos de tanta dulzura!

No, ¡Granja!, no envidies al noble palacio  
Que allá San Lorenzo protege vecino;  
Pues hoy a las gracias encierra tu espacio,  
Y son los placeres tu plácido sino.

¡Difunde fragancias: amores y risas  
En gratos insomnios disfruten las bellas,  
En tanto que vuelen balsámicas brisas  
Y en tanto que el cielo se pueble de estrellas!

#### PAISAJE GUIPUZCOANO

Suspende, mi caro amigo,  
Tus pasos por un instante:  
No está la ermita distante,  
Y apenas las cinco son.  
Ven a admirar -bajo el toldo  
De aquellos verdes ramajes-  
Los pintorescos paisajes  
De esta encantada región.

Mira a tus pies ese río,  
Cuyas herbosas orillas  
Millones de florecillas  
Cubren, difundiendo olor;  
Y desde el borde escarpado  
Oye las mansas corrientes  
Deslizarse transparentes  
Con soñoliento rumor.

Hileras de álamos blancos,  
Que el hondo cauce sombrean,  
Sus altas copas cimbrean

Del viento al soplo fugaz;  
Mientras pescan silenciosos,  
Con luengas cañas y anzuelos,  
Dos vigorosos chicuelos  
De viva y morena faz.

Mira en torno cuál se extienden  
Cuadros de trigos dorados,  
Por ricas franjas cortados  
De verde-oscuro maíz;  
Y esos tan varios helechos  
-Fieles hijos de las sombras-  
Que prestan al bosque alfombras  
De primoroso matiz.

¿Ves allá los caseríos  
-Que siembran el valle a trechos-  
Levantar sus rojos techos  
De entre el verde castañar?  
¿Ves cuál visten sus paredes  
De parra lindos festones,  
Y cómo van los gorriones  
Sus racimos a picar?

Mas que ya las chimeneas  
Despiden humo, repara,  
Anunciando se prepara  
La cena del segador;  
Y a las vacas lentamente  
Mira bajar de esos cerros,  
Llamando con sus cencerros  
Al perezoso pastor.

Mas, ¡oh!, ¡ve! También descende,  
Saltando por entre breñas,  
Turba de niñas risueñas  
Que acá parece venir.  
Sí; no hay duda: ramilletes  
Nos ofrecen con empeño...  
¿Comprendes tú, caro dueño,  
Lo que nos quieren decir?

¡Ah!, sabe que esos perfumes,  
Que rinden cual homenaje,  
Sólo son mudo lenguaje  
De un triste y constante afán;

Pues -con rara poesía-  
El mendigo guipuzcoano,  
Cubre de flores la mano  
Que tiende pidiendo pan.

Acepta al punto, ¡querido!  
¿Quién hay que negarse pueda  
A cambiar una moneda  
Por cada hermoso clavel?  
Venid, niñas, cada tarde;  
Yo en el trueque me intereso,  
Y si al ramo unís un beso  
Garante os salgo de él.

¡Pero no entienden!... ¡Se alejan!  
Mira por esos barrancos  
Saltar, desnudos y blancos,  
Sus breves y lindos pies...  
Se detienen, se sonríen  
Viendo en mi pecho sus ramos,  
Y ligeras como gamos  
Desaparecen después.

Mientras tanto las montañas  
Sus picachos desiguales  
Van envolviendo en cendales  
De gualda, azul y arrebol,  
Y en su carro majestuoso  
-Surcando el tibio occidente-  
Hunde a su espalda la frente,  
Cansado de vida, el sol.

A su postrera mirada  
Y a su postrera sonrisa,  
Suspiros vuelve la brisa,  
Perfumes vuelve la flor,  
Y llanto puro los cielos  
Vierten en el valle umbrío,  
Que lo convierte en rocío  
De delicioso frescor.

¡Oh!, ¡mira! Ya por las faldas,  
Que cubren altos castaños,  
Bajando van los rebaños  
Para acogerse al redil...  
Ya los niños sus anzuelos

Han recogido y su pesca,  
Y se van armando gresca  
Con regocijo infantil.

.....

## AL ÁRBOL DE GUERNICA

Tus cuerdas de oro en vibración sonora  
Vuelve a agitar, ¡oh lira!,  
Que en este ambiente, que aromado gira,  
Su inercia sacudiendo abrumadora  
La mente creadora,  
De nuevo el fuego de entusiasmo aspira.

¡Me hallo en Guernica! Ese árbol que contemplo,  
Padrón es de alta gloria...  
De un pueblo ilustre interesante historia...,  
De augusta libertad sencillo templo,  
Que -al mundo dando ejemplo-  
Del patrio amor consagra la memoria.

Piérdese en noche de los tiempos densa  
Su origen venerable;  
Mas ¿qué siglo evocar que no nos hable  
De hechos ligados a su vida inmensa,  
Que en sí sola condensa  
La de una raza antigua e indomable?...

Se transforman doquier las sociedades;  
Pasan generaciones;  
Caducan leyes; húndense naciones...  
Y el árbol de las vascas libertades  
A futuras edades  
Trasmite fiel sus santas tradiciones.

Siempre inmutables son, bajo este cielo,  
Costumbres, ley, idioma...  
¡Las invencibles águilas de Roma  
Aquí abatieron su atrevido vuelo,  
Y aquí luctuoso velo  
Cubrió la media luna de Mahoma!

Nunca abrigaron mercenarias greyes  
Las ramas seculares,

Que a Vizcaya cobijan tutelares;  
Y a cuya sombra poderosos reyes  
Democráticas leyes  
Juraban ante jueces populares.

¡Salve, roble inmortal! Cuando te nombra  
Respetuoso mi acento,  
Y en ti se fija ufano el pensamiento,  
Me parece crecer bajo tu sombra,  
Y en tu florida alfombra  
Con lícita altivez la planta asiento.

¡Salve! La humana dignidad se encumbra  
En esta tierra noble  
Que tú proteges, perdurable roble,  
Que el sol sereno de Vizcaya alumbra,  
Y do el Cosnoaga inmoble  
Llega a tus pies en colosal penumbra!

¿En dónde hallar un corazón tan frío,  
Que a tu aspecto no lata,  
Sintiendo que se enciende y se dilata?  
¿Quién de tu nombre ignora el poderío,  
O en su desdén impío,  
Tu vejez santa con amor no acata?

Allá desde el retiro silencioso  
Donde del hombre huía  
-Al par que sus derechos defendía-,  
Del de Ginebra pensador fogoso,  
Con vuelo poderoso,  
Llegaba a ti la inquieta fantasía;

Y arrebatado en entusiasmo ardiente  
-Pues nunca helarlo pudo  
De injusta suerte el ímpetu sañudo-,  
Postró a tu austera majestad la frente  
Y en página elocuente  
Supo dejarte un inmortal saludo.

La Convención Francesa, de su seno  
Ve a un tribuno afamado,  
Levantarse de súbito, inspirado,  
A bendecirte, de emociones lleno...  
Y del aplauso al trueno  
Retiembla al punto el artesón dorado.



Lo antigua que es la libertad proclamas...  
-¡Tú eres su monumento!-  
Por eso cuando agita raudo viento  
La secular belleza de tus ramas,  
Pienso que en mí derramas  
De aquel genio divino el ígneo aliento.

Cual signo suyo mi alma te venera,  
Y cuando aquí me humillo  
De tu vejez ante el eterno brillo,  
Recuerdo, roble augusto, que doquiera  
Que el numen sacro impera,  
Un árbol es su símbolo sencillo.

Mas, ¡ah!, ¡silencio!... El sol desaparece  
Tras la cumbre vecina,  
Que va envolviendo pálida neblina...  
Se enluta el cielo..., el aire se adormece...  
Tu sombra crece y crece...  
¡Y sola aquí tu majestad domina!

#### A UN COCUYO

Dime, luz misteriosa,  
Que ante mis ojos vagas,  
Y mi interés despiertas,  
Y mi vigilia encantas,

¿Eres quizás del cielo  
Lumbrera destronada,  
Que por la tierra mísera  
Peregrinando pasas?

¿Eres un genio o silfo  
De nuestra virgen patria,  
Que de su joven vida  
Contienes la ígnea savia?

¿Eres de un ser querido  
Quizás errante ánima,  
Que a demandarme vienes  
Recuerdos y plegarias;

O bien fulgente chispa  
De las brillantes alas

Con que sostiene al triste  
La célica esperanza?

No sé; más cuando luces  
Hermosa a mis miradas,  
De tropicales noches  
En la solemne calma

-Ya exhalación perdida  
Cruces la esfera diáfana,  
Ya cual la brisa juegues  
Meciéndote en las cañas;

Ya cual diamante puro  
Te engastes en las palmas,  
Cuyo susurro imitas,  
Cuyo verdor esmaltas-;

Paréceme que siento  
Revelación extraña  
De místicos amores  
Entre tu brillo y mi alma.

Paréceme que existen  
Secretas concordancias  
Entre el afán que oculto  
Y entre el fulgor que exhalas.

¡Oh, pues, lucero o silfo,  
Ánima o genio, lanza  
Más vívidos destellos  
Mientras mi voz te canta!

Los sonos de mi lira,  
Las chispas de tu llama,  
Confúndanse y circulen  
Por montes y sabanas,

Y suban hasta el cielo  
Del campo en la fragancia,  
Allá do las estrellas  
Simpáticas los llaman...

¡Allá do el trono asienta  
El que comprende y tasa  
De toda luz la esencia,

De todo afán la causa!

## A UNA ACACIA

¡Árbol que amé! Te reconozco: en vano  
el ábrego inclemente, el bóreas ronco,  
con empeño tirano  
contra tu pompa y majestad conspiran,  
y en torno hacinan de tu mustio tronco  
tus hojas, ¡ay! que murmurando giran.

Te reconozco, sí; que tu mudanza  
no es mayor, no, que la mudanza mía.  
Marchita, cual tus ramas, mi esperanza;  
perdida, cual tus hojas mi alegría;  
más que te quiso en tu verdor florido,  
-cuando, cual tú, lozano se sentía -  
hora te quiere el corazón herido,  
contemplando tu duelo  
bajo ese opaco y macilento cielo.

¡Ay! que también sus bóvedas etéreas  
a mudanza cruel condena el hado...  
Hoy luce un sol nublado  
entre sombras aéreas,  
que dudoso color visten al día;  
y en el blando sosiego de la noche,  
- bajo tu copa umbría -  
en otro tiempo he visto placentera  
surcar la luna, en esmaltado coche,  
el campo azul de la tranquila esfera.

Entre tus ramas trémulas, su rayo  
filtraba puro a iluminar mi frente;  
mientras que el aura del risueño Mayo,  
en gratos sonos de mi lira ardiente,  
rápida difundía  
un nombre dulce, de inefable encanto...  
Que sorda murmuró la fuente fría,  
que el ave insomne repitió en su canto,  
y allá distante - en el herboso hueco  
de la gruta sombría -

volvió a mi oído melodioso el eco.

¡Liras del corazón! ¡Voces internas!  
¡Divinos ecos del celeste coro  
en que glorias sin fin, dichas eternas  
e inagotable amor, en arpas de oro  
cantan los serafines abrasados,  
en alfombra de soles reclinados!  
¡Oh, cómo entonces en el alma mía  
resonar os sentí! Del pecho hirviente,  
cual rápido torrente,  
brotaba sin cesar la poesía...  
Y un santo juramento  
- que el labio apenas pronunciar osaba -

en alas del amor al firmamento  
desde el fogoso corazón volaba,  
allá en el infinito  
su inmenso porvenir buscando escrito.

¿ Y de esta suerte pudo  
mentir el alma y engañar el cielo?  
¿Una efímera flor - lujo del suelo -  
es de la dicha el triste simulacro,  
y en un alma inmortal el fuego sacro  
del sentimiento vívido y profundo,  
existe y muere sin dejar señales,  
cual árbol infecundo  
o como planta en yermos arenales?...

¿Do llevaron los vientos  
tantos de amor dulcísimos acentos,  
tantos delirios de esperanza bella?  
Aquellas dulces horas  
que fueron ¡ay! cual deliciosas, breves,  
¿adónde huyeron sin dejar ni huella?...  
Al sacudir sus alas bramadoras  
entre tus hojas. leves,  
¡árbol querido! el aquilón sañado  
- que envuelto en nieblas por los aires zumba -  
cual tu tronco, desnudo  
dejó mi corazón, y mis amores  
con tus marchitas flores  
hundió a la par en ignorada tumba.

Igual hado nos cabe:

por eso te amo y a buscarte vuelvo  
cuando te deja tu verdor suave;  
que pasajero fue, cual la esperanza  
de mi ya mustio corazón. La suerte  
de tu pompa fugaz también alcanza  
a mis dichas mezquinas;  
y el astro sin calor, que alumbra inerte  
tus míseras ruinas,  
la imagen es del pálido recuerdo  
de aquel amor que para siempre pierdo.

Mas volverá, con Mayo,  
la alegre primavera,  
y tu beldad primera  
tornará a darte el sol...

Sucedarán las auras  
a vientos bramadores,  
y a lívidos vapores  
las nubes de arrebol.

De la africana costa,  
do vaga peregrina,  
veloz la golondrina  
te volverá a buscar;

que en tus pobladas ramas,  
bajo dosel florido,  
vendrá a labrar su nido,  
atravesando el mar.

Y en torno revolando  
de tu frondosa copa,  
verás alegre tropa  
de pajarillos mil...

Y con aromas puros,  
- que al florecer exhalas -  
perfumarás las alas  
del céfiro gentil.

¿Por qué llorar tu suerte?  
¿Por qué gemir tu duelo?  
Que te marchite el hielo,  
te azote el aquilón...

Tus gérmenes de vida  
no agotan sus rigores;  
cual tus perdidas flores  
las que recobras son.

De un verdor te desnudas,  
y otro verdor te cubre;  
lo que te quita Octubre,  
te restituye Abril.

Hoy eres a mis ojos  
vestigio abandonado,  
mañana honor del prado  
y orgullo del pensil.

¡Mas nunca reverdecen  
marchitas ilusiones!  
¡No tienen estaciones  
los yermos del dolor!

¡A revivir ni un día  
ningún poder alcanza  
de efímera esperanza,  
la deshojada flor!

¿Qué sol habrá que venza  
al desengaño esquivo,  
y su calor nativo  
a un alma yerta dé?

El fuego que a natura  
de vida ardiente inflama,  
¡no enciende, no, la llama  
de la extinguida fe!

¡Sufre los aquilones,  
oh árbol afortunado,  
que a restaurarte - tras su soplo helado -  
el dulce aliento del Favonio esperas!  
Cuando esa, que depones,  
pompa gentil te restituya Mayo,  
y tus flores primeras  
broten del sol al fecundante rayo,  
la triste lira mía  
no templaré para cantar tu gloria,  
ni una insana memoria

vendré a abrigar bajo tu copa umbría...

Mas pueda entonces, pueda,  
rica de aromas, de verdor y flores,  
(¡esta esperanza a mi dolor le queda!)  
sombra prestar a mi sepulcro frío...  
Y cuando torne el aquilón impío  
a marchitar tus plácidos colores,  
las ramas melancólicas inclina  
sobre mi humilde losa;  
y en hora silenciosa,  
- cuando la noche lóbrega domina  
las lánguidas esferas,  
y esparce su narcótico beleño -  
que tus hojas postreras  
giren en torno, y a mi eterno sueño  
con lúgubre murmullo  
benignas den el postrimer arrullo!

#### SONETO IMITANDO UNA ODA DE SAFO

¡Feliz quien junto a ti por ti suspira,  
quien oye el eco de tu voz sonora,  
quien el halago de tu risa adora,  
y el blando aroma de tu aliento aspira!

Ventura tanta, que envidioso admira  
el querubín que en el empíreo mora,  
el alma turba, al corazón devora,  
y el torpe acento, al expresarla, espira.

Ante mis ojos desaparece el mundo,  
y por mis venas circular ligero  
el fuego siento del amor profundo.

Trémula, en vano resistirte quiero...  
de ardiente llanto mi mejilla inundo...  
¡delirio, gozo, te bendigo y muero!

#### PASEO POR EL BETIS

Ya del Betis  
Por la orilla  
Mi barquilla

Libre va,

Y las auras  
Dulcemente  
Por mi frente  
Soplan ya.

¡Boga, boga,  
Buen remero,  
Que el lucero  
Va a salir,  
Y a occidente  
Ledo sube  
En su nube  
De zafir!

De la tarde,  
Que ya expira,  
Se retira  
Lento el sol,  
Y a medida  
Que se aleja,  
Huellas deja  
De arrebol.

Ya a ocultarse  
Va sereno  
En el seno  
De la mar,  
Y del cielo  
Cae en tanto  
Leve llanto  
Sin cesar.

Con su riego  
Mil olores  
Dan las flores  
Del pensil,  
Halagadas  
Por la brisa,  
Blanda risa  
Del abril.

Busca el nido  
Do se mece,  
Y adormece



Luego al fin,  
En las ramas  
Del granado  
El pintado  
Colorín;

Y allá -lejos  
De la orilla-  
Ve a Sevilla  
Reposar,  
De cien torres  
Coronada,  
Perfumada  
De azahar.

¡Sorprendente  
Panorama,  
Do derrama  
Su fulgor,  
De la noche  
Mensajero,  
El lucero  
Brillador!

¡Oh!, no esperes  
A que muera  
La postrera  
Claridad;  
Boga, boga,  
Buen remero  
Más ligero,  
¡Por piedad!

#### AL SOL, EN UN DÍA DE DICIEMBRE

Reina en el cielo, ¡Sol!, reina, e inflama  
Con tu almo fuego mi cansado pecho:  
Sin luz, sin brío, comprimido, estrecho,  
Un rayo anhela de tu ardiente llama.  
A tu influjo feliz brote la grama;  
El hielo caiga a tu fulgor deshecho:  
¡Sal, del invierno rígido a despecho,  
Rey de la esfera, sal; mi voz te llama!  
De los dichosos campos do mi cuna

Recibió de tus rayos el tesoro,  
Me aleja para siempre la fortuna:  
Bajo otro cielo, en otra tierra lloro,  
Donde la niebla abrumame importuna...  
¡Sal rompiéndola, Sol; que yo te imploro!

#### A LA MUERTE DE DON JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

Le poète est semblable aux oiseaux  
de passage,  
Qui ne battissent point leur nid  
sur le rivage.  
Lamartine

Voz pavorosa en funeral lamento,  
Desde los mares de mi patria vuela  
A las playas de Iberia; tristemente  
En son confuso la dilata el viento;  
El dulce canto en mi garganta hiela,  
Y sombras de dolor viste a mi mente.  
¡Ay!, que esa voz doliente,  
Con que su pena América denota  
Y en estas playas lanza el océano,  
«Murió -pronuncia- el férvido patriota...»  
«Murió -repite- el trovador cubano»;  
Y un eco triste en lontananza gime,  
«¡Murió el cantor del Niágara sublime!»

¿Y es verdad? ¿Y es verdad?... ¿La muerte impía  
Apagar pudo con su soplo helado  
El generoso corazón del vate,  
Do tanto fuego de entusiasmo ardía?  
¿No ya en amor se enciende, ni agitado  
De la santa virtud al nombre late?...  
Bien cual cede al embate  
Del aquilón el roble erguido,  
Así en la fuerza de su edad lozana  
Fue por el fallo del destino herido...  
Astro eclipsado en su primer mañana,  
Sepúltanle las sombras de la muerte,  
Y en luto Cuba su placer convierte.

¡Patria! ¡Numen feliz! ¡Nombre divino!

¡Ídolo puro de las nobles almas!  
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!  
Ya enmudeció tu cisne peregrino...  
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,  
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?...  
Ostenta, sí, tu duelo;  
Que en ti rodó su venturosa cuna,  
Por ti clamaba en el destierro impío,  
Y hoy condena la pérfida fortuna  
A suelo extraño su cadáver frío,  
Do tus arroyos, ¡ay!, con su murmullo  
No darán a su sueño blando arrullo.

¡Silencio!, de sus hados la fiereza  
No recordemos en la tumba helada  
Que lo defiende de la injusta suerte.  
Ya reclinó su lánguida cabeza  
-De genio y desventuras abrumada-  
En el inmóvil seno de la muerte.  
¿Qué importa al polvo inerte,  
Que torna a su elemento primitivo,  
Ser en este lugar o en otro hollado?  
¿Yace con él el pensamiento altivo?...  
Que el vulgo de los hombres, asombrado  
Tiemble al alzar la eternidad su velo;  
Mas la patria del genio está en el cielo.

Allí jamás las tempestades braman,  
Ni roba al sol su luz la noche oscura,  
Ni se conoce de la tierra el lloro...  
Allí el amor y la virtud proclaman  
Espíritus vestidos de luz pura,  
Que cantan el hosanna en arpas de oro.  
Allí el raudal sonoro  
Sin cesar corre de aguas misteriosas,  
Para apagar la sed que enciende al alma  
-Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,  
Nunca este mundo satisface o calma.-  
Allí jamás la gloria se mancilla,  
Y eterno el sol de la justicia brilla.

¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre?  
El amor inconstante; la esperanza,  
Engañosa visión que lo extravía;  
Tal vez los vanos ecos de un renombre  
Que con desvelos y dolor alcanza;

El mentido poder; la amistad fría;  
Y el venidero día  
-Cual el que expira breve y pasajero-  
Al abismo corriendo del olvido...  
Y el placer, cual relámpago ligero,  
De tempestades y pavor seguido...  
Y mil proyectos que medita a solas,  
Fundados, ¡jay!, sobre agitadas olas.

De verte ufano, en el umbral del mundo  
El ángel de la hermosa poesía  
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,  
Y ora lanzas, Heredia, el barro inmundo  
Que tu sublime espíritu oprimía,  
Y en alas vuelas de tu genio ardiente.  
No más, no más lamente  
Destino tal nuestra ternura ciega,  
Ni la importuna queja al cielo suba...  
¡Murió!... A la tierra su despojo entrega,  
Su espíritu al Señor, su gloria a Cuba;  
¡Que el genio, como el sol, llega a su ocaso,  
Dejando un rastro fúlgido su paso!

.....

## AMOR Y ORGULLO

.....  
Un tiempo hollaba por alfombras rosas,  
Y nobles vates, de mentidas diosas  
Prodigábanme nombres;  
Mas yo, altanera, con orgullo vano,  
Cual águila real al vil gusano,  
Contemplaba a los hombres.

Mi pensamiento -en temerario vuelo-  
Ardiente osaba demandar al cielo  
Objeto a mis amores:  
Y si a la tierra con desdén volvía  
Triste mirada, mi soberbia impía  
Marchitaba sus flores.

Tal vez por un momento caprichosa  
Entre ellas revolé, cual mariposa,  
Sin fijarme en ninguna;

Pues de místico bien siempre anhelante,  
Clamaba en vano, como tierno infante  
Quiere abrazar la luna.

Hoy, despeñada de la excelsa cumbre,  
Do osé mirar del sol la ardiente lumbre  
Que fascinó mis ojos,  
Cual hoja seca al raudo torbellino,  
Cedo al poder del áspero destino...  
¡Me entrego a sus antojos!

Cobarde corazón, que el nudo estrecho  
Gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho  
Tu presunción altiva?  
¿Qué mágico poder, en tal bajeza  
Trocando ya tu indómita fiereza,  
De libertad te priva?

¡Miserable esclavo de tirano dueño,  
Tu gloria fue cual mentiroso sueño,  
Que con las sombras huye!  
Di, ¿qué se hicieron ilusiones tantas  
De necia vanidad, débiles plantas  
Que el aquilón destruye?

En hora infausta a mi feliz reposo,  
¿No dijiste, soberbio y orgulloso:  
-¿Quién domará mi brío?  
¡Con mi solo poder haré, si quiero,  
Mudar de rumbo al céfiro ligero  
Y arder al mármol frío!

¡Funesta ceguedad! ¡Delirio insano!  
Te gritó la razón... Mas ¡cuán en vano  
Te advirtió tu locura!...  
Tú mismo te forjaste la cadena,  
Que a servidumbre eterna te condena,  
Y a duelo y amargura!

Los lazos caprichosos que otros días  
-Por pasatiempo- a tu placer tejías,  
Fueron de seda y oro:  
Los que ahora rinden tu valor primero,  
Son eslabones de pesado acero,  
Templados con tu lloro.

¿Qué esperaste, ¡ay de ti!, de un pecho helado,  
De inmenso orgullo y presunción hinchado,  
De víboras nutrido?  
Tú -que anhelabas tan sublime objeto-  
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto  
Te arrastras abatido?

¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,  
Que por flores tomé duros abrojos  
Y por oro la arcilla?...  
¡Del torpe engaño mis rivales ríen,  
Y mis amantes, ¡ay!, tal vez se engríen  
Del yugo que me humilla!

¿Y tú lo sufres, corazón cobarde?  
¿Y de tu servidumbre haciendo alarde,  
Quieres ver en mi frente  
El sello del amor que te devora?...  
¡Ah!, velo, pues, y búrlese en buen hora  
De mi baldón la gente.

¡Salga del pecho -requemando el labio-  
El caro nombre, de mi orgullo agravio,  
De mi dolor sustento!...  
¿Escrito no le ves en las estrellas  
Y en la luna apacible, que con ellas  
Alumbra el firmamento?

¿No le oyes, de las auras al murmullo?  
¿No le pronuncia -en gemidor arrullo-  
La tórtola amorosa?  
¿No resuena en los árboles, que el viento  
Halaga con pausado movimiento  
En esa selva hojosa?  
De aquella fuente entre las claras linfas,  
¿No le articulan invisibles ninfas  
Con eco lisonjero?...  
¿Por qué callar el nombre que te inflama,  
Si aún el silencio tiene voz, que aclama  
Ese nombre que quiero?...

Nombre que un alma lleva por despojo;  
Nombre que excita con placer enojo,  
Y con ira ternura;  
Nombre más dulce que el primer cariño  
De joven madre al inocente niño,

Copia de su hermosura:

Y más amargo que el adiós postrero  
Que al suelo damos donde el sol primero  
Alumbrió nuestra vida.  
Nombre que halaga, y halagando mata;  
Nombre que hierre -como sierpe ingrata-  
Al pecho que le anida...  
¡No, no lo envíes, corazón, al labio!...  
¡Guarda tu mengua con silencio sabio!  
¡Guarda, guarda tu mengua!  
¡Callad también vosotras, auras, fuente,  
Trémulas hojas, tórtola doliente,  
Como calla mi lengua!